LECTURAS CATOLICAS
Octubre 1927 - Año XLII - Ent. 522

ALBERTO PRIN
:: Salesiano ::

# Margarita Bosco

Traducción del francés dedicada a la "Liga de Padres de los Alumnos" del Colegio Pío IX

Tip. y Librería del Colegio Pío IX de Artes y Oficios
Adolfo Berro 4050 Buenos Aires

# COLEGIO PIO IX DE ARTES Y OFICIOS

ADOLFO BERRO 4050 — BUENOS AIRES

Unión Telefónica 1970 Almagro

TALLERES

DE

IMPRENTA

LITOGRAFIA

ENCUADERNACION

CARPINTERIA

HERRERIA

MECANICA

SASTRERIA

ZAPATERIA

ESCULTURA

DECORACION

## LIBRERIA

**Textos de Enseñanza para Colegios Católicos:** Los Señores Directores antes de adoptar libros de texto, consulten nuestras ediciones de libros escolares.

**Pedagogía, Filosofía, Sociología, Teología Moral, Dogmática y Pastoral, Obras de Predicación, Ascética e Instrucción Religiosa, Controversia, Opúsculos y Hojitas de propaganda, etc.**

**Devocionarios, Misales, Breviarios, Rituales,** etc.

**ALBERTO PRIN**
*Salesiano*

# Margarita Bosco

Traducción del francés
dedicada a la "Liga de
Padres de los Alumnos"
del Colegio Pío IX.

ARCHIVIO-BIBLIOTECA
TORINO
ORATORIO
DEL BOLLETTINO SALESIANO
392(45) Mar
101.

Tip. y Librería del Colegio Pío IX de Artes y Oficios
Adolfo Berro 4050 Buenos Aires

# PROLOGO

*Desde la primera página de esta humilde semblanza saludemos a Margarita Bosco.*

*Esta mujer no fué una simple medianía. Dios la amó, la enalteció con sus dones luminosos y fortificantes, y en este campo de batalla en que las almas empeñan su lucha decisiva contra Satanás, El se dignó servirse de ella para formar a la pelea y lanzar al mundo a la lucha del bien, a uno de sus conquistadores más amables y más diestramente armados, el Venerable Don Bosco.*

*Bautizada a poco de su nacimiento, rápidamente aprendió a rezar, y cuando fué mayorcita sus padres la formaron mejor en la piedad, al mismo tiempo que le hicieron amar el trabajo.*

*Su lugar preferido, después de la iglesia de la aldea, era su hogar. Allí habría*

*permanecido, pero su padre le hizo renunciar al celibato.*

*Esposa, madre de familia, luego viuda a poco de casada, no descuidó ninguno de sus deberes; sin temores llegó al heroísmo. Sabía que Dios al deparar las cruces depara también las fuerzas, y que nadie le iguala ni puede igualarle en el arte de las proporciones.*

*Sus días fueron tranquilos porque supo llenarlos: fiel a la gracia, practicó en forma no común todas las virtudes y el surco de su vida, fué a la vez un reguero de luz y un perfume.*

*La muerte no la sorprendió: estaba preparada; su alma envuelta en cándidas vestiduras; su corazón sólo latía para Dios; y su mente, desde largo tiempo habíase elevado a El.*

# MARGARITA BOSCO

## CAPITULO I

### Nacimiento y juventud. Algunos rasgos de su carácter

El 1° de Agosto de 1788, Capriglio, simpática comuna del distrito y de la diócesis de Asti, vió sucesivamente nacer y bautizar a nuestra heroína, Margarita Occhiena, a la que, anticipadamente hemos designado con el nombre de Margarita Bosco.

Melchor Occhiena, cristiano a carta cabal y su esposa, cristiana admirable

bajo todo concepto, no menospreciaban las gracias del estado matrimonial. Tenían ya dos hijos; otros cuatro existentes desde la eternidad en los designios de Dios, debían abrir sus ojos a la luz en los años siguientes. Cinco hijos y dos hijas, un conjunto de siete herederos, no pudo desagradarles, pues no pertenecían ellos al período de decadencia de ese falso puntillo de honra que conduce al culto del hijo único. Un nuevo nacimiento, bajo este techo relativamente holgado, era considerado con justa razón como una sonrisa del Cielo.

Margarita jamás defraudó las esperanzas que de sí misma había hecho concebir. Dócil al consejo, se dejó formar a la vida, por la palabra y los ejemplos de un padre y de una madre que nada querían decir o hacer en disonancia con el Evangelio. Sus primeros pasos fueron, pues, dirigidos por la doctrina de nues-

tra santa religión, dado que desde el primer despertar de su conciencia, marchó hacia Dios, con el alma y el corazón en santo equilibrio. Sin alteración de la verdad y sin disconformidad de términos púdose desde un principio señalarla entre las mejores niñas y más tarde entre las mejores jóvenes.

Margarita habíase propuesto como fin, la perfección cristiana. Y determinaba los generosos esfuerzos con que, mediante la gracia, aseguraba su consecución. Sus energías obraban maravillas en la senda del progreso.

Su programa podía resumirse en dos términos: oración y trabajo. Su piedad rehuía por igual las extravagancias y la ostentación y su oración no tenía nada de vaporoso. Asidua a la Misa del domingo y de los días festivos, a pesar de la distancia que la separaba de la iglesia parroquial; fiel a la práctica de los Sacramentos; ávida siempre de es-

cuchar la palabra de Dios: esto la distinguía en la aldea de Capriglio.

Hubiérase podido arrastrar su juventud a fiestas profanas prometiendo a su inexperiencia, diversiones al parecer indiferentes; pero ella tenía la intuición del peligro y jamás, a ningún precio, se dejó llevar a ellas. A quien intentaba llevarla, respondía... «Ya he estado en la iglesia...; terminé mi paseo y no me siento con fuerzas para otro». Si se la invitaba a bailes, invariablemente respondía: «Quien desea divertirse con el diablo, no podrá regocijarse con Jesucristo».

La mayor parte de las jóvenes modernas son ajenas a esta severidad doctrinaria y más todavía a esta conducta de abstención de las ocasiones. La música se ha hecho más apasionada y fascinadora para proporcionarles una circunstancia atenuante.

No se crea, sin embargo, a Margarita víctima de un falso rigor.

Ella en el seno de su familia, encontraba argumento para alegrarse y distraerse. ¿Para qué, después de lograda sólida virtud, exponerse a ser despojada de ella?

¡Nada hay más temible que el encanto de una melodía o de violines cuando se baila! Puede haber voluntad de no pecar en nada, pero también entran en juego las pasiones de la naturaleza humana...

La humilde joven lo sabía; observaba sabiamente las sugestiones del pudor con íntima satisfacción de sus padres y de su cura párroco y no pequeña ventaja de sus hermanos y de su hermana a los que iluminaba con su buen ejemplo.

Por otra parte bien merecido tenía el descanso dominical. Los días de semana la hallaban en sus ocupaciones manuales, cosiendo o en las duras faenas del campo.

Su carácter se delineaba netamente sobre un fondo inalterable de probidad y

cordura. El yugo del Señor le era suave y liviano, porque ella amaba el deber y la ley. Su voluntad era admirablemente firme y maravilloso su criterio práctico. Su franqueza, incapaz de dobleces, se manifestaba por momentos, con toda claridad respecto a ciertas verdades. Su prudencia, virtud reguladora, la preservaba de errores y de pasos en falso.

Además, era de un valor no común; defensora de sus derechos, sabía hacerlos valer; dígalo sino este hecho referido por su primer biógrafo (1).

Corría el año 1804. — Napoleón hacía verter lágrimas y sangre. Un escuadrón alemán fué a colocarse próximo a la casa de los Occhiena, no lejos del maíz expuesto al sol. Fatigados y deseosos de conversar, los soldados se retiraron por grupos a un campo, pero sus caballos, no pu-

(1) El Pbro. Bautista Lemoyne, Salesiano.

diendo hacer lo mismo, bien pronto iniciaron una invasión en el maíz.

Margarita que los vió intentó salvar su cosecha. Sus gritos fueron vanos: los caballos no comprendían el piamontés, sólo sentían los estímulos del hambre, y los alemanes que tampoco comprendían las exclamaciones de la joven, se desternillaban de risa.

La joven no se desconcertó. Dirigió sus apóstrofes a los caballeros, que recibieron sus punzantes frases con una lluvia de «ya» «ya» y de risas.

Finalmente, les dijo; «¡Ah, os reís? ¿No os importa ver destruída nuestra cosecha? ¡Como que a vosotros no os ha costado nada! ¡Pero nosotros hemos sudado todo el año para recoger este grano. ¿Y qué comeremos durante el invierno? ¿Con qué haremos la polenta? Vosotros sois más fuertes pero esto no es una razón».

Por toda respuesta continuó recibiendo

los «ya» repetidos hasta el infinito y en un tono que no podemos calificar.

Margarita se enardeció; se acercaron algunos soldados. Apeló al monosílabo «bo» «bo», gracioso y burlón a la vez; los caballeros dejaron oir todavía sus «ya». Ella perdió la paciencia: «Sí«, les dijo, «bo» y «ya», ¿sabéis qué quiere decir? «Boya» quiere decir verdugo, verdugos! Sí, verdugos sois que asoláis nuestros campos y robáis nuestras cosechas»

Después de lo cual, dejando las palabras a un lado fué a buscar una horquilla y comenzó a dar con el cabo a los importunos caballos.

Pero como el argumento no era explotado en todo su valor, los animales se demostraron poco sensibles y le fué necesario volver al arma para aguijonear los flancos y la trompa de los cuadrúpedos, que finalmente se desbandaron en todas direcciones.

Margarita quedó frente a los otros

enemigos. Confusos, los soldados no se atrevieron a tocar a esa joven de diez y seis años. Se retiraron avergonzados.

Habían venido de muy lejos para perder una partida de esta clase y fuerza les fué ocultar su vergüenza.

## CAPITULO II

### El matrimonio. La maternidad. La gran prueba de la muerte y de las angustias.

Margarita tenía veintidós años. Continuaba siendo piadosa, sumisa a sus padres e incansable en el trabajo.

Celosa de su honor y por lo mismo precavida, no había permitido que persona alguna se adueñara de su corazón, y nada por otra parte, se había infiltrado en su pensamiento, que la predispusiera a una u otra cosa. Sus horas predilectas eran las que, descontado el tiempo que consagraba a sus prácticas piadosas, po-

día pasar en el ambiente cálido del hogar doméstico.

Allí se gozaba en la sencillez de la vida familiar; allí habría querido permanecer para prestar a su padre y a su madre el apoyo tierno y cariñoso de su amor filial hasta el fin de sus días.

Alguien sin embargo había puesto los ojos en ella: Francisco Bosco—Presentémosle.

Francisco, pequeño propietario, había quedado viudo hacía poco tiempo. Pero, cristiano en toda la extensión de la palabra, sobrellevaba su luto sin quejarse. Su madre le ayudaba cuanto podía en muchos trabajos; su hijito Antonio, criatura de nueve años, le amaba, aunque mostraba ya a esa edad un carácter difícil y sombrío, y sus dos criados le eran muy adictos. En su casa no reinaba el lujo; formaba parte de un caserío llamado «Los Becchi», hasta el cual se prolonga todavía hoy, sobre una poética eminen-

cia, la aldea piamontesa de Murialdo. Sus campos, situados muy cerca de su casa, debían a su trabajo metódico y diario, la fertilidad de que cada año daban muestras.

Movido por la necesidad de dar con un corazón digno del suyo, y después de haber implorado al Divino Maestro escuchara sus ardientes plegarias, Francisco Bosco pidió la mano de Margarita Occhiena.

La joven quedó sorprendida. Después de Dios, su familia constituía el centro de sus amores, y sus proyectos para el futuro jamás habían entrevisto el matrimonio. Pero habiéndole su padre aconsejado unirse a Francisco, ella lo hizo, sabiendo perfectamente, que a sus deberes de esposa se agregarían simultáneamente otros, frente a una suegra cuya salud decaía y a un hijastro que le volvería la vida más meritoria que su futuro esposo.

Los desposorios de Francisco y Margarita fueron consagrados con el Sacramen-

to el 6 de Junio 1812. Los esposos sellaron su pacto con la gracia en el corazón. Habían confesado y comulgado y su hogar se iniciaba con la paz del cielo, verdadera fuente de felicidad.

Cristo ocupó el centro en la vida de esta nueva familia. La oración tuvo su justo lugar en el horario; los deberes religiosos apreciados en su justo valor, la fidelidad conyugal fué exactamente observada; el orden, el trabajo, la economía reinaron en dulce unión. De ese matrimonio nacieron dos niños: José, el 8 de Abril de 1813 y Juan Baustista, el 16 de Agosto de 1815.

Pero llegó la prueba, enviada por el mismo que antes había enviado las alegrías.

Francisco había recibido un golpe de frío al bajar al sótano, en momentos que, cubierto de sudor al volver del campo, hubiera debido reposar en una atmósfera templada. Una congestión a los pulmones le obligaba a ponerse en cama.

En vano se le prodigaron los más solícitos cuidados y los medicamentos requeridos por las circunstancias: todo fué inútil, con excepción de la plegaria, que, bien hecha, jamás es vana. La muerte no tiene corazón: su mano no abandona su guadaña, y así el 12 de Mayo de 1817, llevó a Francisco a la eternidad. Afortunadamente, este cristiano firme y práctico había recibido los últimos sacramentos con plena lucidez, había podido expresar sus últimas recomendaciones y su alma debía hallarse bien adornada al comparecer ante el tribunal de la infinita Justicia.

Margarita no experimentó sentimiento alguno de blasfema protesta; su resignación no fué meramente pasiva.

Sus mismas lágrimas le sirvieron para expresar a Dios el heroico *gracias* de la aceptación. La prueba habíala iluminado permitiéndole leer sus destinos en el plan misterioso del Señor: en adelante deberá

gobernar sola su casa, asegurar la subsistencia de un hogar mutilado por la muerte, preparar para la vida y no para quiméricas ilusiones a su hijo adoptivo y a sus dos hijitos; prevenir día tras día, infinidad de acontecimientos y de cosas! Su ánimo jamás desfalleció, porque se apoyó en Dios, lo confortó con la oración, y no se dejó amilanar por la cobardía. Sin embargo la prueba asumió un carácter más grave llegando a preocuparle seriamente el futuro.

Las angustias pecuniarias acechaban, en efecto, a la joven viuda, y la sombría escasez de dinero que hubiera podido venir a compensar su fatigas, las aumentaban todavía. El sol de ese año, con sus ardores superiores a los de otros años, había secado la tierra tanto como las heladas del más riguroso invierno, y las cosechas eran tan escasas que hacían prever el hambre con su lúgubre séquito.

¡No se había equivocado! Los más po-

bres y los mendigos comieron afrecho e innombrables potajes; se los hallaba aquí y acullá, con la boca abierta llena de hierba, pobres seres, que en su desesperación habían querido engañar el hambre con ella; innumerables desgraciados caían de hinojos en el umbral de las puertas implorando un mendrugo de pan. Y durante este tiempo, el queso se elevaba a precios que desafiaban las fortunas y la razón.

Margarita se ingenió, obrando prodigios de trabajo, de economía y de recursos, a fin de que en su hogar nadie sucumbiera por efecto del flagelo. Ella lo logró y su oración no fué desoída. Pero ¡qué fortaleza no había tenido que desplegar! ¡Y qué contraste presenta con esas almas femeninas, irrespetuosas de su viudez y que, madres de familias o sin hijos, se amilanan por las contrariedades o endulzan sus obligaciones y sus dolores con culpables distracciones!

## CAPITULO III

### La educadora.

El hambre había pasado. El porvenir volvía a presentarse con atrayentes colores a los ojos de los hombres. Margarita ya no estaba en angustias. Creyóse que consentiría en volverse a casar. Se presentó una oportunidad y el partido bien merecía ser tenido en cuenta. Pero ella respondió: «Dios me había dado «un esposo, y El me lo quitó. Al mo- «rir me confió sus tres hijos; yo no cum- «pliría mis deberes de madre si los aban- «donara en el momento en que más ne- «cesitan de mí».

Se insistió, advirtiéndole que las criaturas habrían hallado un tutor.

« El tutor, respondió, a lo más será un « amigo. Yo soy la madre de esas tres « criaturas. ¿El dinero ? ¡ No me impor- « ta ! Mis hijos constituyen mi tesoro ! » Y acostumbrada a los más arduos sacrificios, permaneció viuda sin dejar se debilitara la resolución que ante Dios y en lo íntimo de su corazón había tomado.

Y vedla dedicada a sus deberes de madre y de educadora. Ella sabe que si tantos jóvenes se han apartado del sendero de una vida ejemplar, es porque no han sido formados en la ley del Señor desde el despertar de su conciencia y de su razón; que otros se han desviado a las primeras tormentas, porque desgraciadamente, en el seno mismo de su familia, han visto libertades indiscretas; que otros, en fin, han abandonado el recto sendero por haber frecuentado, escapan-

do a una discreta vigilancia, engañosas víctimas o apóstoles del mal.

Previsora y prudente, ella agregó a su experiencia personal las lecciones de la de otros. Enriquecida con este tesoro, comenzó por grabar sólidamente a Dios y su ley en el corazón y el amor en el alma y la mente de sus hijos, haciéndoles rezar con regularidad y bien, explicándoles paulatinamente cada una de las bellezas encerradas en las oraciones que recitaban, y esforzándose por afianzar en su corazón el odio al pecado, el temor al infierno y la esperanza de gozar un día en el Paraíso. Y como sus ejemplos jamás están en desacuerdo con sus enseñanzas, los gérmenes que ella deposita, fecundados por la gracia, le demuestran ser buena sembradora, ser apto el terreno para la germinación, pues la piedad se desarrolla y satura el ambiente que crean sus palabras. Con anticipación, conjura el peligro a que ex-

ponen a sus hijos aquellos padres que se confían en absoluto al cura párroco o a algún maestro para que exclusivamente ellos se ocupen de su instrucción religiosa. Un celoso pastor de almas, con frecuencia dispone de momentos muy limitados para consagrarse a la explicación del catecismo o de las oraciones a los futuros comulgantes; y un educador, máxime en nuestros días, por lo general se encuentra en análogas circunstancias, dada la cargazón que grava los programas oficiales. ¿ Habrá que censurar a las familias que lo olvidan ? Sería necesario prevenirlas. Como quiera que sea el resultado es el mismo. No es preciso aguardar a que el niño tenga diez o doce años para iniciar el cultivo de las virtudes en sus hábitos incipientes.

Por fortuna, Margarita Bosco, no fué víctima de este error. Después de haber enseñado las oraciones a sus hijos, después de haberles explicado como me-

jor supo los misterios de nuestra S. Religión, los formó sólidamente, con el auxilio divino, a la práctica de las virtudes características de su edad, como la sencillez y la obediencia, pues ya eran buenos y respetuosos. Llegado que hubo el tiempo, ella los preparó a la primera confesión, con una delicadeza digna de un sacerdote.

No nos figuremos por todo esto, que ella fué severa con sus hijos: participaba de sus juegos, sabiendo idear, para distraerles, ya uno ya otro entretenimiento y diversión.

No se crea tampoco, que, encantada con las alegrías de su familia, se estuviera en éxtasis, sin vigilar y controlar a cada uno. Muy al contrario. Sin descender a un vil espionaje ni a un molesto rigor, seguía de cerca a sus tres hijos . Industriosa, les hacía hablar, para conocer mejor los secretos de su alma y no errar al trazarles un camino ;

ansiosa de acostumbrarlos a ayudar al prójimo, exigía de su caridad pequeños servicios; a fin de acostumbrarlos a una disciplina netamente preservativa, les prohibía salir y juntarse con ninguno sin su expreso permiso; con el fin de hacerles más agradable, si posible fuera, la permanencia en casa, les proporcionaba juegos que ellos mismos ingeniosamente se habían fabricado o que ella cariñosamente les había traído de la ciudad.

Cuando le era forzoso ausentarse por cierto tiempo, los recomendaba a la vigilancia de su abuela y cuando volvía a casa les hacía dar su rendición de cuentas. Rara vez tenía ocasión de reprenderlos.

Dios bendecía visiblemente a Margarita en su descendencia. ¿De qué admirarse?

«Dios te ve», decía frecuentemente a uno u otro de sus hijos, para acostumbrarlos al pensamiento de la presencia de Dios.

«Dios os ve, recordadlo bien», repetía a los tres hermanos, cuando les permitía ir a los prados vecinos donde se recreaban.

«Cuidado, que a Dios ne se le miente», exclamaba con energía, cuando le parecía que contestaban con subterfugios.

A veces agregaba: «Dios conoce tus más ocultos pensamientos. No lo olvides.»

Esta serie de reflexiones muestran hasta la evidencia, que en ella la cristiana no se separaba de la educadora y que ninguna de las dos se dormía.

Oídla todavía, en especial a continuación de ciertas escenas.

Juan ha hallado un nido de urracas. Para apoderarse de él, introduce la mano en una estrecha hendidura que lo oculta, y luego no puede retirarla. Su madre le llama.

— Nopuedo ir, le contesta.

— ¿Por qué?

— Me quedó la mano aprisionada en el árbol y no puedo retirarla.

Y corre Margarita para sacar de apuros al... ladrón de nidos, y hacerle al mismo tiempo esta advertencia. «Así castigan la justicia humana y la divina, aquí abajo una y más tarde la otra, a los ladrones que intentan apoderarse de los bienes ajenos».

Otro día, el niño encuentra un nido de ruiseñores; aguarda a que sus futuros cantores echen las primeras plumas para encerrarlos. Entre tanto, cada día va a ver su nido. Más, ¡ay! un cuclillo que también ha visto el nido, hace en él increíble carnicería y sin escrúpulos, se instala en la morada ajena, y en ella pone sus huevos. Mas también a él le llega su turno. Un gato lo ha visto; trepa, se apodera de él y en pocos instantes ni rastros quedan del intruso. La historia continúa. Juan sigue observando. El rui-

señor vuelve a su nido; empolla, y nace a su tiempo un cuclillo; cuida al feo hijo adoptivo, de una voracidad insaciable y que el niño termina por encerrrar en una jaula. Mas ¡ay! se olvida del animal durante dos días, y éste aguijoneado por el hambre intenta forzar la prisión y en un postrer esfuerzo se ahorca. El niño llora desolado. Margarita le dice: «Mira: esa es la historia del hom-
« bre fuerte pero injusto; acaba por en-
« contrar a otro más fuerte que él. Dios
« no permite que goce impunemente
« de un bien mal adquirido. ¿El peque-
« ño sólo tenía por herencia un nido
« desolado. De ahí sus desgracias. Los
« bienes mal adquiridos no pueden ha-
« cer felices a los hijos del ladrón. Tú
« puedes bendecir al Señor en unión de
« tus hermanos. Tu padre jamás pose-
« yó un céntimo que no le perteneciera.
« Imítale: sé siempre un hombre hon-
« rado.»

Otra vez, fué una lechuza, que enjaulada, empachada luego de cerezas, acabó por caer muerta ante los tristes ojos de Juan, lo cual hizo decir a nuestra educadora: «Así acaban los golosos: nada hay más apto para atraer la muerte, que la destemplanza y la glotonería».

Citaremos un último rasgo.

Un perro al que en distintas oportunidades habían querido alejar de la casa, había vuelto siempre con una actitud suplicante. Amenazado con bastón, se arrojó al suelo, dispuesto a dejarse matar a golpes antes que huir: esto le valió poder continuar en la casa.

Margarita aprovechó este hecho para decir a sus hijos: «¡Ved cuánta fidelidad a sus amos en este animal! ¡Ah! si nosotros tuviéramos la mitad de sumisión y amor a Dios, de muy distinta manera marcharían las cosas en el mundo y el Señor sería glorificado.»

— Pero, replicó Juan, filósofo en ciernes, las bestias obran por instinto; al obrar bien carecen de méritos.

«Y los hombres, dijo su madre, ¿no « han recibido de su Creador el hermoso « instinto del amor? Qué pensar de los « que no siguen ese instinto divino y « que sólo se valen de su voluntad para ofender a Dios? ¿No son doblemente culpables, y no deberían sonrojarse » al recibir de animales una lección de « obediencia y fidelidad?»

¡Ah! si todas las madres hablaran así a sus hijos!...

---

## CAPITULO IV

**Excelente método de corrección.**

Todos los niños tienen sus defectos lo cual no quiere decir que en otras edades, adolescentes, hombres maduros, o viejos carezcan de ellos. Pero en lugar de andarse con contemplaciones, con un aire complaciente, y tomándolos en risa es preciso corregir sus palabras y actos reprensibles. Evidentemente, de una manera adecuada. Ciertos padres, desprovistos quizás del sentimiento adicional de la educación de los hijos, jamás lo tendrán; otros lo tienen y saben servirse de él, cuando la necia debilidad de un amor paternal o maternal excesivo no paraliza su alcance.

Los defectos de la primera edad son tiranos en ciernes. Es preciso destruirlos o dominarlos, sin aguardar a que se hayan desarrollado. Esta tarea es entonces más fácil y siempre cristiana.

Imbuída en estas ideas, Margarita jamás hizo pacto con tales enemigos. Había simbolizado la corrección y la simple amenaza en una varita abandonada en un rincón de la pieza, pero, ya veremos como no tenía necesidad de emplearla. Sin llegar a los desplantes de una cólera que se enciende o lanza gritos, conserva su serenidad y su calma sonriente, aprovecha al azar una ocasión propicia o se prefija un momento oportuno para formular una observación o corregir a sus hijos.

Veámoslo en los hechos.

Un tórrido día de verano, José y Juan habían vuelto a casa, presa de una sed abrasadora. Inmediatamente su madre les dió de beber, ofreciendo primero a

José. Molestado por esta aparente preferencia, Juan se rehusó a beber y se amohinó. Margarita sin demostrar haber notado lo ocurrido, volvió el recipiente a su lugar. El niño quedó cabizbajo. Luego, de pronto con acento humilde, dijo: «Mamá...»

—¿Qué quieres? respondió la madre.

—¿Quiere darme de beber?

—¿Tienes sed?

—Mamá... perdón.

—En horabuena.

La lección había sido dada, y hecha la corrección.

En otra ocasión, Juan era culpable de una impaciencia.

Margarita lo llamó.

—Mi querido, ¿ves aquella vara?

—Sí, mamá, respondió el niño, retrocediendo un poco.

—Tráemela.

—Mamá ¿qué quiere hacer Ud.?

—Tráemela y después verás.

—Pero ¿se ha propuesto probarla sobre mis espaldas?

—¿Y por qué no? ¿Acaso no has estado haciendo tonterías?

—Ya no las haré más, mamá, no las haré más.

También esta vez ya había dado la lección. A solas, un rayo de buen humor la confirmaba. Juan había comprendido: él hacía esfuerzos y progresos. Pero José era más difícil de guiar. A pesar de su carácter afectuoso y tierno, a veces, por capricho o por cólera, se resistía a las órdenes maternas.

En estos casos, como él se arrojaba por tierra, gesticulando y gritando, Margarita lo tomaba de la mano y sin perder la paciencia siempre inalterable se limitaba a decirle: «No te castigaré. Si es «preciso, permaneceré así todo el día. «Eres tú quien ha de ceder.»

Si José persistía en su error, ella agregaba simplemente estas palabras, bien

ponderadas: «¿No ves que yo soy más «fuerte? Tú no puedes ser el amo. Re- «cuerda que el Señor detesta y castiga «a los necios. ¿Crees poder huir de El?»

Rendido por la dulzura y las razones de su madre, el niño se levantaba. Ya había cambiado y una sonrisa le decía que continuaba ocupando el lugar de preferencia en el corazón de su cristiana madre.

## CAPITULO V

### La formación de los hijos a las virtudes cristianas.

Con frecuencia, la palabra humana, carecería de sentido o de fruto, si no acudiera el ejemplo a completarla con la práctica que ella anuncia para hacerla fecunda. El sacerdote, el educador, el padre y la madre de familia conscientes de sus deberes, no pueden ignorar esto, y así se explican, teniendo en cuenta la acción de la gracia, los resultados que coronan determinados apostolados. Pero cuando se quiere realizar este apostolado consigo mismo y encenderlo en otros, es preciso tener el santo ardor del bien.

Esta fiebre se provoca infaliblemente cuando resplandece una misma luz, la palabra y los ejemplos sembrados a lo largo de una existencia.

Este ardor lo tenía Margarita; más aún, con el auxilio de Dios, ella lo alimentaba para progresar en el camino de la perfección cristiana y hacer adelantar por él también a sus hijos.

El Domingo, les hacía vestir sus mejores trajes, y luego los llevaba a misa. Les decía: »¿Sabéis por qué hoy os he vesti-« do tan bien? Por respeto al santo día « de Domingo, día del Señor, y para de-« mostrar la alegría que debe animaros. « Pero lo más necesario es la pureza del « alma. Poco importaría ir bien vestidos, « si el corazón estuviera manchado con « el pecado.» Y como por el camino oía a otras madres ponderar la hermosura de sus hijos y compararlos a los ángeles, ella, a fin de evitar en ellos el orgullo, agregaba: «Procurad merecer las alaban-

« zas de Dios; los aplausos de los hom-
« bres, por lo general, sólo sirven para
« crear ambiciosos y soberbios. Acaban
« de deciros que os asemejáis a los án-
« geles. Sed ángeles en efecto, sobre todo
« en la Iglesia: rogad, pues, como ellos,
« juntando las manos, sin volver la ca-
« beza, sin conversar. Así Jesús presen-
« te en el Tabernáculo, se alegrará al
« veros piadosos y modestos y os ben-
« decirá».

¡Qué multiplicidad de lecciones! La humildad, la piedad, el decoro, y la formalidad: todo se aúna. ¡Y cuántas otras lecciones venían a agregarse!

Margarita ejercitaba la caridad. Dar agua, fuego o leña, y aun pan, aceite, vino, harina de trigo o de maíz, eran actos que sus hijos le veían hacer frecuentemente.

Cuidar a los enfermos, socorrer a los menesterosos, prestar sin esperanzas de estitución, eran actos que sus hijos pre-

senciaban encantados y enternecidos. Dar asilo a los mendigos, a los vendedores ambulantes extraviados, a veces a los gendarmes y simultáneamente al pobre ladrón que perseguían, eran favores que prestaba con la mayor naturalidad, edificando y siempre educando a Juan y a José. Y siempre hacía rezar a sus huéspedes fueran los que fuesen.

Dios la recompensó. Un día, debido a su continua liberalidad, ya no tenía con qué hacer su propio pan. Un vecino que lo supo le envió una bolsa de harina, escudado bajo el anónimo.

Descubierto por la perspicacia de Margarita, se presentó a decirle: «Señora, vos « lo dais todo a los pobres; la más ele- « mental noción de justicia nos obliga a « venir en vuestra ayuda y muy gusto- « sos lo hacemos.» Y la esposa del generoso donante que después de esto envió a Becchi no pequeñas provisiones de trigo, maíz y vino, agregó estas palabras dig-

nas de la generosidad cristiana: «Señora, « cuando ya nada tengáis que dar, ve- « nid a nuestra casa y tomad lo que « necesitéis. Si algo os falta para vues- « tros enfermos, os ruego me lo advir- « táis, será gran felicidad para mí, po- « derme asociar en vuestras buenas « obras.»

Al mismo tiempo que ella ejercía la caridad, y que se la hacían a ella, Margarita formaba a sus hijos en el amor debido al prójimo y en el reconocimiento hacia los demás. No menor era su afán por protegerlos contra todo aquello que hubiera podido mancillar su alma.

Véase una prueba.

En los caseríos de la vecindad, se promovían diversiones y bailes y de tiempo en tiempo se invitaba a un músico de los alrededores para solaz de los habitantes. El silencio poético de la noche veíase entonces interrumpido por notas melodiosas y en Becchi, los pequeños

Bosco decían a su madre: «Mamá, mamá ¿oye?»

— Sí, sí, oigo, respondía Margarita y adivinando el deseo que aquella pregunta entrañaba añadía: « Voy a dar un vistazo. Quedaos tranquilos. Pronto volveré». Y cuando la reunión le parecía ordenada y honesta la diversión, regresaba diciéndoles: «Podéis ir, pero sed juiciosos».

Otras veces, por el contrario, expresaba su deseo en estas breves y perentorias palabras: « Esa diversión no es para vosotros »...

— Pero... se oía decir a los niños.

— No hay pero que valga, replicaba la madre; de ninguna manera puedo permitir que vayáis al infierno. ¿Me habéis comprendido?

Y luego para borrar la impresión que hubiera podido dejar en los niños les narraba historias, y terminadas les decía: «Ahora a dormir, pero antes re-

« cemos un poco por los pobres que es-
« ta noche pasarán a la eternidad a fin
« de que el Señor se apiade de sus al-
« mas.»

Cerramos el presente capítulo con otra escena que narraremos con sus detalles.

Era un domingo. Margarita iba a misa con sus dos hijos. De pronto vió separarse de la multitud un grupo formado por unos diez jóvenes, de modales desenvueltos y encabezados por un desgraciado sexagenario habituado al robo y a la cárcel.

Se dejaron oir unas expresiones groseras, que haciendo reir a mandíbula batiente a los once energúmenos, sacaban colores al rostro de los transeúntes. Animosa, se acercó Margarita al jefe del grupo, el hombre de cabellos encanecidos en el mal y en voz baja le advirtió: «¿ Os agradaría que vuestras hijas os «oyeran estas palabras? »

-- ¿Qué quiere Vd.? Reímos y nos divertimos. ¿Hay en ello mal para alguien? respondió el hombre.

— Pero lo que vos decís está mal, y, entonces ¿a qué decirlo?

— ¡Son escrúpulos! Todo el mundo hace lo mismo.

— ¿Son por eso menos culpables los demás? Si llegarais a caer en el infierno, ¿vendrían los demás a libertaros?

A la palabra infierno, nuestro sexagenario y sus acompañantes, dieron en risas.

«¡Cómo! clamó indignada la cristiana,
« a vuestra edad... con los cabellos en-
« canecidos... en lugar de buen ejemplo
« os atrevéis a dar semejante escándalo?
«¡Pobre de vos! ¡Tened cuidado!»

Y volviendo las espaldas al grupo, allí mismo dijo a sus hijos: «Sabéis
« cuánto os amo..., pero si un día lle-
« garais a imitar a ese anciano sin pu-
« dor, oídlo bien, pido al Señor que os
« haga morir al instante.»

No hay necesidad de insistir sobre esto para acentuar más los rasgos de Margarita. Esa mujer era digna de pasar a la posteridad y entre las madres que se dicen cristianas, más de una necesitaría venir a su escuela; al igual de ella, las tales, de inmediato pondrían en juego sus energías, su paciencia, su previsión, en suma, todos los medios a su alcance para asegurar la educación completa de sus hijos, preparándolos de palabra y con hechos, a todas las virtudes que Dios quiere ver florecer en ellos para dar frutos de santidad.

## CAPITULO VI

### Nuera y suegra. Segundo luto. La primera Comunión de Juan; su vocación.

Francisco Bosco, al morir, había confiado su propia madre a su desolada esposa. No hubiera podido proceder mejor, y su hogar continuó siendo una escuela de respeto y de perfecta obediencia.

No siempre las nueras aman a sus madres políticas, y tampoco puede decirse que siempre amen éstas a su hija o hijas políticas.

Algunos se ríen, lo cual no constituye un remedio para el mal ni expresión de caridad, otros van más allá en su error o en su falta poniendo en ridículo a unas

y otras, y cuando entran en escena los yernos la sátira aumenta.

¿A qué poner en descubierto tal o tal otra verdad, un caso particular, determinada circunstancia, para generalizar sofísticamente?... Dejemos esto...; el problema es más arduo de lo que puede imaginarse.

Margarita la nuera y la suegra, dos flores del campo, se entendieron muy bien. La joven viuda veneraba a la querida octogenaria. La consideraba como la depositaria de la autoridad, después de la muerte de Francisco, por lo cual la obedecía y le pedía su consejo. Se adelantaba aún a sus deseos, tratando de procurarle gustos delicados y trayéndole verdaderas sorpresas de una feria o de un mercado. Además siempre que le era posible, a ella consagraba sus escasas horas de descanso. Y cuando, de noche, sabía que era presa de los espasmos a que estaba muy sujeta, con cariño filial se instalaba

a su cabecera, a pesar de su extenuante fatiga.

También sus hijos nutrían gran respeto por la venerable abuela. Jamás se habrían atrevido a faltarle al respeto. Por lo demás, su madre los había acostumbrado bien en esto.

Mas ¡ay! la humilde anciana ya no tenía salud y el año 1826 había de serle fatal, pues sus enfermedades se habían agravado mortalmente.

Ya no pudo abandonar el lecho. Su nuera, cual hermana de caridad, no la abandonó un instante, a pesar de saber inútiles todos sus esfuerzos. En vano se le observó que perdía el tiempo: «Es la « madre de mi esposo, respondía, y en « consecuencia mi madre. Yo debo res- « petarla y servirla: lo he prometido a « Francisco en su lecho de muerte. Har- « to feliz sería, si, aun a costa de los « mayores sacrificios, pudiera prolongar « su existencia por un minuto.»

La muerte se avecina. La anciana la ve venir. Con pleno conocimiento recibe el Viático y la Extremaunción. Luego llama a los pequeñuelos y les dice: « Hijos míos, « vuestra madre prefirió una vida de pri- « vaciones, a una existencia cómoda y « tranquila. Su cariño por mí que sólo « soy una pobre enferma, ha sido ilimita- « do y su paciencia inalterable. Como ella « sed buenos y obedientes. Seguid su « ejemplo: tratadla como ella me trató « a mí; será ésta para vosotros prenda « segura de las bendiciones del Señor. »

Finalmente, el 21 de Febrero, presintiendo cercano su fin, la anciana dió su adiós a la amada nuera y a sus queridos hijitos: « Parto para la eternidad, les « dijo, recomiendo mi alma a vuestras « plegarias; no me olvidéis. Si a veces « me mostré un poco severa, perdonadme; « era para vuestro bien. Gracias, mi que- « rida Margarita, gracias por vuestra ca- « ridad. Hasta vernos... en el Paraíso! »

Extenuada, abraza a su nuera y por última vez la estrecha contra su corazón dando a todos esta última lección de una muerte cristiana.

Los niños sollozan y es preciso llevarlos a casa de vecinos.

Y comienza la agonía, dolorosa, desgarradora. Transcurre una hora: la muerte, pasa invisible; un alma, impalpable, se va; Dios, infalible, acaba de juzgar... José y Juan ya no tienen abuela en la tierra y esto crea un segundo vacío en su derredor, puesto que, desde hace nueve años no tienen padre.

Pero conservan a su madre y ¡qué madre! Ellos serán su consuelo y antes de mucho tiempo, Juan va a hacer su primera comunión, a pesar de no llegar a la edad requerida (1). Ha asistido a

(1) Antonio y José ya habían hecho la primera comunión. También para ellos, en atención al deseo expresado por Margarita, se había derogado la regla que exigía la edad de doce años.

las lecciones de catecismo, ha sobresalido en el examen, y su madre que ya le condujo tres veces a confesarse, le dice todavía: «Purifica tu alma. Nada « manchado quede en tu corazón, puesto « que Dios mismo quiere dársete.»

La víspera del gran día, el niño queda en casa. Ruega, hace lecturas piadosas, recibe consejos. Surge la hermosa mañana de aurora eucarística. Margarita acompaña a su hijo a la iglesia parroquial, le ayuda a prepararse como le ayudará luego a hacer su acción de gracias y entre estos dos abrazos, Jesús Hostia desciende por vez primera a este tabernáculo viviente, donde en su honor ha florecido un lirio. Juan experimenta los goces del cielo. Da gracias como un Serafín, pide muchas luces y muchas fuerzas para el futuro, ruega por su querida madre que acaba de juntar sus ardores a los suyos, por sus hermanos y por cuantos le han favorecido.

Y el retorno a casa se hace con el bálsamo del más celestial recuerdo y de la preciosa visita del divino Huésped. Margarita aprovecha para decir a su hijo: « Hijo mío, ¡qué felicidad! Y esta feli- « cidad puede renovarse continuamente: « comulga, comulga con frecuencia, pero « siempre con un corazón puro. Sé obe- « diente, continúa asistiendo al catecis- « mo, y a los sermones; pero, por amor » de Dios evita como la peste, las malas « conversaciones. Puesto que Jesús ha « tomado posesión de tu corazón, tú le « pertenecerás hasta el fin de tus días, « ¿ verdad ? »

Fácilmente y sin esfuerzo puede adivinarse la respuesta del niño.

Podrá preguntar alguno: ¿ Dios no se elegirá un sacerdote en un medio a la vez tan humilde y tan realmente amigo del cielo? Sí, Dios elegirá un sacerdote.

Juan había tenido un sueño que le había impresionado hondamente y que

con toda ingenuidad había narrado en el seno de su hogar. (1) Su vocación se delineaba lenta, pero claramente. A un sacerdote al cual él había maravillado con su memoria y que le preguntaba sobre sus proyectos futuros, habíale contestado claramente que deseaba llegar a sacerdote « para instruir a los niños, amarlos y enseñarles la religión». Había agregado: «Muchos hay que por si no son malos, pero llegan a serlo porque nadie se preocupa de ellos. »

Ya desde entonces prometía.

(1) La mayoría de los autores de la «Vida de Don Bosco» traen la narración de este sueño.

CAPITULO VII

## El pequeño Juan Bosco se convierte en el Sac. J. Bosco

Margarita con alegría y santo orgullo, veía crecer a sus hijos en la virtud. Antonio su hijo adoptivo, a veces le hacía la vida un tanto penosa. Envidioso, sobre todo de su hermano menor, se expresaba en términos que denotaban su mal carácter, oponiéndose a que se realizara una vocación. Felizmente, José no lo imitaba.

Trabajaba con ardor, pensaba en el porvenir y sin tener alma de judío, ni espíritu mercantil, prometía llegar a una

situación desahogada. Juan amaba los libros; se aplicaba al estudio; observaba mucho, analizaba no poco y sabía mover los corazones en el nombre del Señor.

Con un amor ilimitado al Divino Maestro, todo lo hacía converger al establecimiento y al reinado del bien aun apelando a algunos ejercicios de acrobacia y prestidigitación para atraer el mayor número posible de jóvenes y niños de su edad (1).

Pero el sendero que había de llevarlo al sacerdocio estaba erizado de obstáculos. Su ánimo habría podido decaer y su felicidad desvanecerse, si no hubiera visto en las luminosidades proféticas de más de un sueño, que realmente el Salvador le llamaba a seguirle para salvación de un número extraordinario de

(1) En la mayoría de las obras escritas por Don Bosco se encuentran emocionantes detalles a este respecto.

almas. Pero así como él jamás abandonó la virtud ni al que es origen y fin de ella, así tampoco el Cielo lo abandonó a él. Pudo, merced a sus constantes esfuerzos y a un trabajo insistente, cursar sus estudios de humanidades. Sorprendió, en una medida que excede a toda ponderación, a sus condiscípulos y maestros, por sus éxitos en todas las asignaturas y por la perfección en su vida de seminarista.

Tanto durante la filosofía, como durante sus estudios de teología y ciencias sagradas, fué un modelo digno de envidia. En el seminario pudo comprobarse que Dios lo había dotado sobreabundantemente: su memoria era prodigiosa, su inteligencia abarcaba todos los asuntos, su criterio era recto, al mismo tiempo que profundo y claro y su conducta intachable. Tenía el carácter de un profesor de universidad, de un predicador, de un jefe, de un obispo y también, como el tiem-

po lo demostró más tarde, de un Fundador.

Margarita, cuya alma jamás había sido presa de la ambición, decíale: «Yo « sólo quiero la salvación de tu alma, « lo demás poco me importa.» Hablaba con sinceridad y se habría podido comprobar cuando, sabedora por un cura de los alrededores que Juan tenía ideas de hacerse franciscano, ella preguntó a su hijo:

—El señor cura me ha dicho que tú quieres ser religioso, ¿es cierto?

—Sí, mamá, respondió el joven y supongo que no os opondréis a ello.

—No, ciertamente. Sólo te ruego que reflexiones bien sobre la importancia del paso que vas a dar; después podrás marchar a tu término sin vacilaciones. Primeramente debes pensar en salvar tu alma. El pensamiento de mi porvenir no debe influir en tu decisión.

El señor cura se imagina que la cues-

tión de mis intereses debe influir sobre tu resolución. Yo tengo confianza en Dios. Nada deseo, nada espero de ti: pobre he nacido, pobre he vivido y en la pobreza quiero morir. Por lo demás, sábete, que si haciéndote sacerdote seglar, habrías de llegar a ser rico, yo no te vería más, jamás traspondría los umbrales de tu casa.»

Estas palabras fueron pronunciadas con una autoridad tan serena como delicada. Nuestro seminarista se conmovió hasta las lágrimas. Una vez más, admiró a esta madre cristiana, que por desgracia, pocas imitadoras encuentra. Más tarde por consejo de su confesor, el Beato Cafasso, él renunció a entrar con los Hijos de San Francisco de Asís.

Cuando Margarita lo supo se limitó a decir: «Estoy satisfecha, si tal es la voluntad de Dios.»

Finalmente lució el día memorable; Juan Bosco fué ordenado sacerdote, la

vigilia de la Sma. Trinidad, el 5 de Junio de 1841. Recordó lo que su madre le había dicho el día en que recibió la sotana, y que no queremos dejar de transcribir: «Hijo mío, has vestido la librea del » sacerdote. Yo experimento el consuelo « que una madre puede sentir por la feli- « cidad de su hijo; pero recuerda que no « el hábito hace al monje, sino la virtud « Si un día llegaras a deshonrar este hábi- « to glorioso, por caridad, quítatelo; es « cien veces mejor ser un pobre campesi- « no que un sacerdote negligente y descui- « dado en sus deberes. Cuando viniste al « mundo, te consagré a la Virgen; lue- « go traté de infundir en tu corazón una « tierna devoción hacia Ella. En lo su- « cesivo conságrate por entero a esta « buena Madre, y si tienes el honor « de llegar al sacerdocio, *sé el apóstol « de María.*»

A estas palabras el joven había contestado llorando: «Jamás, madre mía, ol-

« vidaré vuestras palabras; serán el te-
« soro de mi vida ¡Gracias!».

¿Y sabéis lo que dijo Margarita al novel sacerdote, en la intimidad, en Becchi; tres días después de ordenado? Leed: « Ya eres sacerdote, mi querido hijo; « ya estás cerca del Señor. Pero comenzar « a decir Misa es comenzar a sufrir. Pue-
« de que no sea mañana; en cualquier « forma será pronto y tu experiencia com-
« probará la verdad de las palabras de « tu madre. Yo sé que cada día, viva o « muerta, te acordarás de rogar por mí. « Esto me basta. No te preocupes de tu « madre, piensa sólo en la salvación de « las almas.»

Si todas las madres fueran del temple de Margarita Bosco, habría en el mundo mayor número de sacerdotes y mayor virtud y honradez. Ninguna de ellas, obligaría a su hijo a hacerse sacerdote aun sin vocación, asegurarle una carrera, altas relaciones, una mesa bien servida..

y... para disfrutar; ninguna de ellas consideraría al sacerdote o al religioso como una especie de apocado, sino que al contrario todas las madres querrían, si no formar otro Don Bosco, dar a lo menos a la sociedad y a la Iglesia, cristianos de buen temple.

## CAPITULO VIII

### Madre e Hijo, por la vía del sacrificio hacia la perfección

Hace ya varios años que Don Bosco está en Turín.

Ha estudiado a fondo la moral y la casuística, sin descuidar la elocuencia sagrada. Ocupa su tiempo en obras de beneficencia, visita a los pobres, confiesa y predica en la cárcel de la ciudad. Tiene un oratorio, un oratorio ambulante, pues alcanzándole frecuentemente la prueba, frecuentemente también, necesita buscar otros locales y lugares para reunir e instruir a sus niños; pero el éxodo de

su pequeño pueblo va a cesar; la Providencia, en efecto, ha permitido a este apóstol, hallar una casa y un patio, gracias a lo cual, tendrá capilla y lugar de esparcimiento para sus protegidos.

Mas, ¡ay! cae enfermo. Sólo milagrosemente se repone, y helo en 1846, en Becchi, para restablecer sus fuerzas con el clima natal. Se repone. Va a salir para Turín, pero como según la indicación de muchos sueños que le preocupan, deberá extender su obra, multiplicar sus empresas y formar enjambres juveniles de apóstoles, se pregunta, angustiado, quién le prestará una indefectible y leal asistencia. Su primera casa, en el barrio de Valdocco, está extrañamente rodeada: abajo, muy cerca, hay un lóbrego café, lugar de cita de gente de mal vivir y luego vecinas cuyo género de vida, nadie jamás se atrevería a ponderar.

Nuestro sacerdote, expone humildemente su situación al cura de Castelnuovo que le da esta respuesta providencial: «Tienes a tu madre.» Y como parece dudar, su consejero insiste: «Pero sí, lleva a tu madre; tiene la dedicación y experiencia que buscas. ¿Quién como ella podrá venir en tu ayuda? Será el buen ángel guardián a tu lado.» Don Bosco convino en ello. Sin embargo vacila: ¿se atreverá a proponer, por una parte, una vida de privaciones y sacrificios y por otra un empleo que hace de él el jefe, a la que él mira como una criatura perfecta y venera como una santa? Reflexiona en una atmósfera de piedad y el Señor le inspira. Mi madre, se dice a sí mismo, es una santa. Yo puedo proponerle esto a manera de pregunta y le hace la proposición en estos términos: «Mamá, como Ud. sabe, yo tengo la intención de volver a Turín para consagrarme a la

« salvación de los niños abandonados.
« Ya no vivo más en el establecimiento
« llamado el Refugio, y en mi nueva ca-
« sa, necesitaría una persona de confian-
« za. Le casa está mal encaminada: vos
« sola podéis remediar el mal y velar
« por su seguridad. ¿Os agradaría venir
« conmigo?»

Sorprendida, Margarita queda pensativa... su mente se eleva al Cielo interrogando al Señor. Al fin, es una nueva cruz que le ofrece por medio de su hijo. Responde: «Duéleme en el alma a-
« bandonar nuestra casa, tu hermano y
« todo lo que amo; pero si tú crees que
« ésta es la voluntad de Dios, estoy
« dispuesta a seguirte, aun cuando mar-
« charas al fin del mundo».

— Yo así lo creo, exclama lleno de emoción, el admirable hijo de esta madre admirable; y con toda la efusión de su alma, abraza y agradece a quien debe tantos ejemplos maravillosos.

La partida del hijo y de la madre para Turín ya está resuelta. La noticia se extiende, sembrando la consternación en Becchi y sus alrededores. Desoladas llegan las gentes suplicando a Margarita interponga toda su autoridad para revocar la determinación del sacerdote: uno dará dinero, otro tela; éste proveerá huevos y aquél pollos; muchos se encargarán de lo necesario, algunos hasta de lo superfluo. «Por favor dicen, a Don « Bosco, vivid con nosotros; no privéis a « nuestros hijos del bien que les podéis « hacer.» Y las madres se deshacen en lágrimas.

Margarita está conmovida hasta lo íntimo del alma y Don Bosco vacila. Pela voz del Señor se deja oir en esas dos almas, más insistente que las expresiones terrenas. A Turín los llama y allí les aguarda el deber; en Turín ha colocado Dios las dos cruces que sus espíritus ven dibujarse en el horizonte: en

Turín, sin deserciones, uno y otro deberán cerrar sus ojos al mundo, fieles en sus puestos, a distancia de algunos lustros.

Ha llegado el 3 de noviembre. Va a sonar la hora de la partida. Margarita consuela a su hijo José y a sus nietecitos con la esperanza de su regreso. Finalmente, con el corazón desgarrado se desprende de los abrazos, cuya cruel ternura podría hacer vacilar su ánimo.

Un último adiós...

El primer paso por la vía del sacrificio ya está dado. A lo largo de un rústico sendero y en dirección hacia el camino real, puede verse un sacerdote con su breviario, un misal y algunos cuadros, y una mujer cargada con una pesada cesta y algunos objetos indispensables. Sus pies estarán fatigados cuando hayan andado todo este largo viaje, pero su pensamiento reconfortado por el mis-

mo que allá abajo les ha impuesto deberes proporcionados a la grandeza de sus virtudes.

El polvo y el sudor dan a la madre y al hijo la impresión de venir de un largo y fatigoso viaje.

Don Vola, celoso sacerdote que los halla no lejos de su futura casa, se maravilla,

— ¿Cómo tan polvorientos? exclama. ¿De dónde venís?

— Del pueblo, responde Don Bosco.

— ¿Del pueblo? ¿a pie? y por qué?

— Porque nos falta dinero.

— ¿Y a dónde vais ahora?

— A establecernos en el Oratorio.

— ¿Y pretendéis vivir en Turín, sin un centavo?

— Es un asunto serio... Por el momento no sé qué contestarte.

— ¿Alguien os aguarda?

— Nadie.

— ¿Tenéis algo para comer?.

— La Providencia proveerá lo necesario.

— Si hubiera sabido... pero no tengo un centavo...

Toma mi reloj; es lo único que tengo.

— ¿Y para ti?

— Me queda otro en casa. Véndelo y atiende a las primeras necesidades. Por el momento no lo necesito.

Dicho esto, Don Vola se aleja. Don Bosco, conmovido se vuelve a su madre y le dice: «Ved, madre, cómo la dulce Providencia se toma cuidado de nosotros. Adelante, pues, con la confianza en Dios».

Entremos en la casa con nuestros viajeros.

Veamos: dos pequeñas habitaciones, dos lechos miserables, dos bancos, dos sillas, una mesa, una olla, una caserola, algunos platos, y un baúl.

El reloj de Don Vola, sólo permanecerá

una noche en esta casa, porque mañana... será vendido.

Terminado el inventario, Margarita se vuelve sonriente a su hijo y le dice: « En Becchi, tenía que arreglar... admi- « nistrar... ordenar; aquí el trabajo se ha « simplificado. Bendito sea el Señor.» Después se pone a cantar alegremente. Don Bosco hace lo mismo y durante más de una hora, sus voces se unen para modular los mismos cánticos.

En este tiempo, lo ordenan todo: cuadro, ¡y qué cuadros! anuncios piadosos, la pila del agua bendita y la vajilla.

¿Pronto se agotarán las provisiones? La Providencia enviará otras. ¡Quién sabe cuántas miserias habrá que socorrer aun practicando la pobreza! Margarita venderá sus campos, su viña, su ajuar, sus sortijas y sus joyas; con el producto de su collar, comprará galones y guarniciones para los ornamentos del culto; con

un vestido y a'gún otro género, hará un alba, un mantel de altar, sobrepellices y purificadores.

¿Vendrá hasta un millar de niños los domingos y días festivos? Que vengan, serán tan bien recibidos por la madre como por el hijo.

¡Cuántas lecciones de apostolado!

## CAPITULO IX

### El primer refugio. Mamá Margarita

Margarita y su hijo se habían instalado en Valdocco.

Su casa era el santuario de la pobreza y de la caridad.

El Dios del pesebre no la habría desdeñado; allí habría podido recibir a los humildes pastores. También los Magos debían llegar hasta allí y la vida que en ella se había iniciado, prometía recordar no sólo a Belén, sí que también a Nazaret en su trabajo y sudor, a Caná con el prodigio de las conversiones, a Cafarnaum y el incesante llegar de necesitados,

al Tabor y la fugaz duración de los rayos de dicha, otras ciudades, otros lugares, otras casas también, sin olvidar un frecuente Calvario.

Fácilmente se convenció Don Bosco de la insuficiencia de la clase y reuniones dominicales. Sus predilectos, los humildes, eran insuficientemente protegidos contra los malos ejemplos y las conversaciones inconvenientes. Era necesario oponer un dique a estos males. Este dique sería la hospitalidad nocturna, luego la mesa, en fin, un internado.

Los primeros ensayos fueron descorazonadores. Una noche, por ejemplo, para no dejar al sereno a muchos jóvenes, Don Bosco les ofreció pan y albergue y rezó con ellos; pero, a la mañana siguiente, mientras él creía poderlos saludar y prestarles sus buenos oficios, halló vacíos sus lugares y habían desaparecido las sábanas y las frazadas. El dedo de Dios, que nosotros llamamos unas ve-

ces cruz y otras prueba, estaba allí señalando el sendero del sufrimiento.

El buen Sacerdote comprendió: se hizo más prudente quizás, pero no por ello menos caritativo.

Su madre, evocación de la Sma. Virgen, fué quien puso, diremos, la primera piedra del establecimiento de regeneración que su hijo, novel redentor, quería colocar allí. Veamos de qué manera.

Una lluviosa noche de Mayo, un niño de unos quince años, mojado hasta los huesos, como si se le hubiera sumergido en el agua, se presentó pidiendo albergue y pan. Se le recibió, se le cuidó, porque, indiscutiblemente, Dios le enviaba y se inició el diálogo.

— Soy huérfano, comenzó el huésped mimado; no tengo padre ni madre. Busco trabajo de albañil. Tres francos que poseía, los he gastado antes de ganar otros, y ahora no tengo ni patrón ni dinero.

— ¿ Has hecho la primera comunión? interrogó Don Bosco.

— Todavía no.

— ¿ Has recibido la confirmación ?

— Tampoco.

— ¿ Te has confesado alguna vez ?

— Sí, cuando aun vivía mi buena madre.

— Y ahora ¿ qué piensas hacer?

— ¡No sé! Sólo os pido por caridad que por esta noche me permitáis dormir en un rincón de esta casa.

Y el huérfano rompió a llorar. Margarita no pudo contener las lágrimas. Don Bosco, enternecido, dijo al niño: «Yo te daré una cama, pero... tus antecesores, jóvenes a los que había acordado hospitalidad, han robado las frazadas y temo que me hagas lo mismo.

— No, Señor, respondió el pobre aprendiz, estad tranquilo; yo no soy un ladrón.

El celoso sacerdote pronto quedó conquistado.

Extendiéronse entonces tres tablas sobre una docena de ladrillos y sobre estas tablas colocóse un jergón.

¡Los doce ladrillos recordaron, tal vez, los doce apóstoles, las tres tablas, la Augusta Trinidad y la paja, sin duda hizo recordar al Hijo de Dios, que tampoco tenía dónde reclinar su cabeza!

Margarita dirigió a su huésped inesperado una cálida exhortación sobre la probidad y la honradez, dando así origen, sin pensarlo, a las «Buenas noches» que ahora se dan en todos los colegios salesianos, y la primera piedra, expresión de cada instante, fué colocada simultáneamente, por un sacerdote y su madre al mismo tiempo que por un aprendiz de albañil! Se rezaron las oraciones en común y no hubo motivo de arrepentimiento por haber alojado esa noche y durante muchos meses, al primer enviado de la Providencia.

Al mes siguiente, Junio, se ofreció otra

ocasión. Mayo, consagrado a la Virgen había tenido su representante en Valdocco; a Junio, Consagrado al Sagrado Corazón, no debía faltarle el propio.

Una noche, Don Bosco encontró, no lejos del Oratorio, un niño que lloraba a mares. Le preguntó: «¿Qué tienes, hijo mío? ¿Por qué lloras?»

—Estoy solo y abandonado, respondió la criatura... Mi padre murió hace mucho tiempo; ayer murió mi madre y hoy la sepultaron.

—Y ¿dónde has dormido la noche pasada?

—En nuestra casa; pero por adeudar el alquiler, el dueño ha embargado el pobre moblaje. Apenas había salido de la pieza el cadáver de mi querida madre, cuando ese hombre cerró la puerta de casa quedando yo sin madre, sin pan y sin abrigo.

—Ven conmigo; yo te daré pan, abrigo y también una madre.

—¡Oh, sí! os sigo, pero, ¿quién sois?

— Un amigo tuyo; me parece que esto te basta. ¿Mi nombre? pronto lo sabrás.

Y a los pocos instantes veía Margarita ante sí a un niño traído por Don Bosco, el cual simplemente le dijo: «Ma- « dre, la Divina Providencia, nos envía « un segundo hijo. Recibidlo de sus ma- « nos y conmigo bendecid al Señor. »

La noble cristiana aceptó regocijada esta nueva prenda de la bendición divina. Otros le siguieron hasta llegar en poco tiempo, a treinta, que en un futuro no lejano, debían sumarse por centenares.

Margarita Bosco se convirtió en Mamá Margarita. Ella hizo frente al trabajo abrumador que la asediaba. Jamás le faltaron preocupaciones: preparar la comida después de haberlo arreglado todo, ocuparse del lavado, tejer, coser, componer, remendar, luego barrer, en una palabra, todo dependía de ella, a pesar de la eficaz ayuda que su hijo sobre

todo le proporcionaba en las necesidades más variadas. Pero siempre atenta, previsora y buena, creaba una atmósfera de respeto, consideración y amor filial en su derredor. Según la ocasión, daba un aviso, evitaba un daño, suprimía un desorden, con su lenguaje firme a la par que amable y franco y que sabía matizar con sabrosas expresiones y figuras, sin andarse con rodeos. Sus refranes, sus comparaciones producían sus frutos, merced al tacto exquisito que empleaba al tratar a su auditorio o a un niño.

Ella sabía mitigar, medir tan bien un reproche como distribuir elogios y alabanzas. Sin embargo, a pesar del riesgo que pudo correr, dada la deferencia que se la usaba, jamás trató de dominar en el oratorio, donde ella misma siempre quiso una única cabeza: Don Bosco. ¿Queréis oirla? Trata con un indisciplinado:

—« Veamos, dice ella, ¿llegará o no el « momento de tu conversión? Es preciso « que estudies si quieres servir para al- « go. Se diría que te empeñas en proce- « der mal y merecer reproches. Fíjate en « los buenos, imítalos y serás amado por « tus maestros y por Dios: serás feliz. »

A un aprendiz descontento con el oficio habló así: « ¡Cómo! para poderte « dar un pedazo de pan, Don Bosco « suda sangre y tú no quieres siquiera « aprender a trabajar. ¿Crees que más « tarde podrás ganarte el pan sin ha- « cer nada? Sin embargo necesitarás « comer. ¿O es que quieres terminar tus « días en la cárcel? ¿Buscarías acaso « el deshonor y luego el infierno?

A un agresivo, a un peleador, dijo claramente: « ¿Sabes que eres peor que « los animales? los caballos, los cor- « deros no pelean entre sí: son mejores « que tú! ¿Tus compañeros no son her- « manos tuyos? El Señor ¿no es Padre

« de todos? La venganza está prohi-
« bida. Un día Dios te castigará. »

A un goloso hizo esta observación:
« Mira los animales: sólo comen según
« su necesidad y apetito. Parece que qui-
« siéramos ser menos que ellos. Pasar la
« medida es arruinar el bolsillo y la sa-
« lud. ¡Ah! la gula es la madre de mu-
« chos vicios. »

Evidentemente, la elocuencia de Mamá Margarita no siempre producía el efecto esperado, pero caía la buena semilla.

En otras circunstancias esta virtuosa madre exteriorizaba más su bondad. Los enfermos, particularmente, la interesaban y cautivaban sus afanes. Ella los cuidaba de día y de noche, y si aparecía un caso de enfermedad contagiosa, heroicamente, se aislaba con el enfermo, constituyéndose su enfermera exclusiva y no separándose hasta después de comenzada o asegurada la curación.

Era ella el Angel guardián de la casa.

## CAPITULO X

### La lección del Crucifijo. Algunas expresiones proverbiales.

La vida en Valdocco continuaba, absorbente, apostólica y meritoria. Don Bosco ampliaba, embellecía su obra.

Mamá Margarita se prestaba infatigable al servicio de los niños y de los jóvenes amparados por la desbordante caridad de su hijo. Pero ¡cuántas veces, a pesar de su espíritu de sacrificio, estuvo a punto de perder la paciencia! Día hubo en que creyó llegado el momento de tornarse a Becchi. ¿Qué había ocurrido? Veamos.

Un día festivo y según una costumbre reciente de jugar a la guerra en un terreno desocupado o en el patio de Valdocco, los protegidos de Don Bosco habían ideado simular una batalla campal. Los combatientes estaban preparados, armados de fusil o bastón ; los dos ejércitos se miraban amenazadores, prontos a romper el fuego a la primera señal ; el vencedor, habíase ya resuelto, debía llegar al campo X, y el derrotado debía darse a la fuga.

Cada uno, resuelto a no trasponer el límite constituído por la huerta que diligentemente cultivaba mamá Margarita y de la que sacaba sus legumbres. Así había establecido el efímero general que debía dirigir los ataques, contra ataques y evoluciones.

De repente suena el clarín. Todos se lanzan a la lucha. ¡Cargas, descargas!... sorpresas, capturas,!... detenciones, retrocesos, avances, de todo hubo allí! y nada

habría faltado a la realidad del cuadro si entre los combatientes hubiera habido pólvora y balas, muertos y heridos.

Interesados y divertidos, aplaudían los espectadores, y el sonar de los ¡«Bravos»! enardeció desgraciadamente el ánimo de los combatientes. ¿Desgraciadamente? Sí, y veréis por qué:

El entusiasmo se apoderó de los soldados, y rota la consigna, cayó la verja del jardín, destrozada bajo las plantas de los que huían, y los repollos de Mamá Margarita que jamás habían visto tanto valor militar, quedaron tendidos sobre el campo... ¡Extraño campo de batalla!.

El general, avergonzado, se deshizo en disculpas. Don Bosco las agradeció y obsequió con bombones a vencedores y vencidos. Sin embargo mamá Margarita no dejaba de lamentarse y como otros incidentes anteriores le habían causado no poca pena, terminó un día de 1860, por declarar a su hijo que ya rebalsaba

la medida de sus penas y que en consecuencia se retiraría.

Díjole: « Mira: me siento incapaz de « hacer reinar el orden en la casa: cada « día se producen nuevos desórdenes. « Uno arroja al suelo la ropa tendida « al sol, otro roba fruta o devasta la « huerta. Se destroza la ropa en forma « tal que con frecuencia es imposible « remendarla. Se esconden camisas, pa- « ñuelos, calzoncillos, que no puedo ha- « llar. No faltan quienes para divertirse, « llevan hasta los utensilios de la coci- « na.»

« Escucha, hijo mío: yo pierdo el « tiempo y me apena este desorden que « no puedo tolerar. Yo echo de menos « mi rueca y mi tranquilidad. Me es « necesario volverme a Becchi: allí ter- « minaré mis días.»

Don Bosco quedó sorprendido: su rostro palideció: ¿Qué haría si le faltaba tal apoyo? ¡Oh! su mente no se batió

en retirada, su pensamiento no se dejó arrastrar a la confusión, porque en el fondo bien sabía él dónde fijar su esperanza y cómo lograr la revocatoria de la resolución que acababa de comunicársele. ¿Qué hizo? Fijó en su madre sus ojos llenos de infinita tristeza, y después de esta dolorosa comunión de miradas, le mostró el Crucifijo, que, pendiente en la pared, pareció más elocuente que nunca. Margarita comprendió: María corredentora del género humano, había tenido ánimo para subir al Calvario y permanecer allí, con el corazón sumido en el dolor, cuanto fué preciso, sin abandonar a Jesús su hijo... «Es cierto, dijo « ella al fin, rompiendo un silencio abru- « mador. Lo había olvidado.»

Y con esto todo terminó... Indudablemente el cielo debió alegrarse ..

Mamá Margarita permaneció en el calvario. Fué compasiva hasta el exceso y servicial en todo, bien lo sabemos;

adquirió, además, una paciencia angélica. Ved:

Un día un distraído se había divertido en espantar sus gallinas, que se habían retirado a un prado cercano. Una hermana de Margarita Bosco, que había venido a prestar ayuda en el Oratorio, se puso a gritar contra el aturdido, y a correr en todas direcciones para recobrar... sus aves. Al notarlo díjole mamá Margarita.

«¡Qué vas a hacer, pobre hermana! los niños son niños; vivos, inquietos. pero no malos. Tengamos paciencia. Con la paciencia se domina hasta a los más turbulentos. Don Bosco quiere la paciencia y N. Señor la bendice.»

Y no es éste un caso aislado. He aquí otros, con expresiones proverbiales diseminados en ellos.

Mamá Margarita se halla sentada en su habitación llena de ropas por componer. Cose sin levantar la vista y a su lado se encuentra un personaje que tam-

poco levanta los suyos. Y se oye decir:

«En otro tiempo eras dócil y piadoso.
« Parece que te estás volviendo capri-
« choso y distraído. ¿Por qué?»

No lo sé.

—Yo, en cambio, lo sé: es porque ya no rezas, ¿no es cierto?

—Es cierto y por ello ahora soy malo.

—¡Cuídate! ¿Qué harás si el Señor se aleja de ti? Nada bueno... tal vez, mucho malo. ¡Cuidado! *Al descender, desciende quien quiere; pero para subir, sube el que puede.*

Otro niño que había venido a pedir un favor, después de haber cometido una falta, dió margen a otro proverbio para corregirse.

«Yo quiero darte lo que pides, dijo la enérgica cristiana, pero, dime, ¿cuándo has ido a confesarte?»

— Ayer no tenía tiempo.

— ¿Y el sábado?

— Había demasiada gente.

—¿Y el domingo?

—No estaba preparado.

—Sí, sí...ya entiendo. *Una mala lavandera jamás encuentra piedra buena.*

A un niño que se le había presentado para coser un botón a un sobretodo, dijo Mamá Margarita: «Aquí tienes hilo, « una aguja y un botón: cóselo tú mis- « mo; en este mundo es preciso saberse « sacar de apuros. *El que no es capaz de « cortarse las uñas de sus manos, no será « capaz de ganarse el pan*».

Podrían agregarse otras muchas anécdotas instructivas. Pero agreguemos aquí solamente esta rápida pintura de una escena que no pocas veces se desarrolló en el Oratorio de Valdocco, durante el difícil cuanto amado período de los comienzos.

Mamá Margarita se ha retirado a un rincón donde cose sin cesar.

Sobre una pobre mesa, un niño disponiéndose a escribir, traza líneas; cer-

ca de él, muchos se encuentran en el estudio; en la penumbra un aficionado hace gemir un violín: más lejos, un grupo de cantores trata de descifrar notas.

Cerca del fuego .. Don Bosco vigila una olla que una llama resplandeciente hace hervir! Se ha puesto un delantal para reparar su sotana de las salpicaduras ¡simultáneamente arregla unos pantalones! Con frecuencia se vuelve para advertir a los cantores que desentonan, y con frecuencia también, marca el compás con la espátula que le sirve para remover la polenta.

¿Qué color falta a este cuadro? No será por cierto el de la sencillez...

## CAPÍTULO XI

### Rumbo al cielo.

En verdad que rumbo al cielo, a la luz del Evangelio, marchaba nuestra heroína. Sus pasos rápidos y regulares, no obstante la aspereza de más de un deber, denotaban la constancia y firmeza de su voluntad, su amor al progreso y su inextinguible deseo, nunca saciado, de llegar a la perfección cristiana y por ella a Dios. La práctica asidua de los Stos. Sacramentos, le había infundido y le conservaba esas santas energías plasmadoras de mártires. Sus virtudes resplandecían y Don Bosco no era el único admirador de su beneficio y brillo.

Sin haber profesado pobreza, esa mujer fuerte tenía todo el espíritu de la pobreza y a ella amoldaba su conducta.

A pesar de la nueva situación que le creaba el Oratorio, al cual ya venían caballeros y damas de la aristocracia para ver a Don Bosco, ella quiso conservar sus ropas de campesina y siempre se abstuvo de aparentar otra cosa. Ella decía «Bien saben los señores y señoras « que soy pobre; se dignarán pues dis- « culparme.» Su ropa había llegado a tomar una coloración indefinible que hacían mas extraña los diferentes retazos con que la había remendado. Don Bosco se enterneció y le dijo: «Por favor, ma- « má, usad otra ropa, la que lleváis ya « ha servido demasiado.»

—¿No te agrada mi vestido? Yo lo encuentro excelente.

—Mamá, ya no es conveniente. Con este traje no podéis recibir a las perso-

nas respetables que vienen al Oratorio. No se ven ropas iguales por la calle.

—¡Pero nosotros no tenemos un centavo!

—Nos privaremos de parte del vino, de un plato y os compraréis ropa.

—¡Como quieras! Debo obedecer.

— ¿Cuánto costará ?

— Unos veinte francos.

— Aquí están.

Margarita recibió el dinero. Pasaron muchas semanas y también el dinero. Don Bosco creyó adivinar lo ocurrido. No se equivocaba. « ¡ Ah ! mi querido « hijo, respondió mamá Margarita, ha- « bía que comprar sal, aceite y no sé « qué más ! Un pobre niño carecía de « calzado; otro de pantalones. ¿ Te das « cuenta?»

— Sí, madre, me doy cuenta, pero, por favor vestíos como es preciso. Va en ello mi honor.

— ¿Y cómo remediarlo?

— Tomad veinte francos, pero no repitáis lo de antes. El Señor nos los envía.

Los veinte francos aceptados; también siguieron a los primeros... ¡Hay almas santamente incorregibles! A esa legión de honor pertenecía mamá Margarita.

Por lo demás, poco le daba a ella el color de su ropa, ya tratara con un marqués o con un mendigo. Su virtud, su buen sentido y su sencillez se traslucían sin que ella lo advirtiera y esto y no otra cosa atraía la atención de los visitantes.

« Entrad, Señores, decía alegremente. « entrad y que el Señor os bendiga. » Luego desembarazaba las sillas siempre cargadas de ropa para reparar. Si la conversación languidecía, ella, sin demostrarlo mayormente, rezaba. Luego volvía a reanimarla, con su mejor auxiliar, el catecismo. Pero su vocabulario era

más florido pues no carecía de finura. Si algún argumento, iba más allá de sus alcances, sabrosamente reía de su ignorancia personal.

Los disgustos que debía soportar no alteraban su buen humor. Sonriente y llena de agasajos, ofrecía a los amigos de la obra, ya de almorzar, ya una taza de café. Cuando estos medios le parecían inferiores a la expresión de su reconocimiento decía a los bienhechores del Oratorio: « Continuamente ruego al « Señor os bendiga y salde nuestra deu- « da con su divina generosidad. »

Idealmente cortés, sin desdeñar esos cumplidos que suelen ser muy onerosos, escuchaba con interés, los más inútiles detalles y dejaba repetir lo que ya sabía.

Su familiaridad con Dios, la llevaba a rogar, puede decirse, continuamente. En su pobre cuarto se entregaba a la oración con todo el gozo de su alma. Don Bosco al oírla hablar con tanto ca-

lor, le decía: « Mamá, ¿ conquién habla « Ud. ? » Y respondía ella: «Bien lo sa- « bes tú: con Dios; le pido por nuestros « niños. » Siempre que le era posible iba a arrodilllarse ante el Smo. Sto. Su devoción a María era tan ardiente que no puede expresarse.

Y esto imprimía en su rostro reflejos de santidad.

Tenía intuiciones. Un día dijo a Don Bosco: « En el Oratorio hay almas her- « mosas, pero ninguna más agradable a « Dios que la de Domingo Savio. » (1)

— ¿ Y como lo sabe usted ?

— Le he visto rezar y esto me basta. Por la oración olvida la hora de la comida y del recreo; ante el Smo. Sto. queda como extasiado: es un ángel del Paraíso.

Mamá Margarita daba en efecto, suma importancia a la piedad. Dos hechos lo confirmarán.

(1) Se ha iniciado en Roma la Causa de Beatificación y Canonización de este niño.

A un niño de carácter esquivo, recogido en la calle, y al que no podía acostumbrar al Reglamento, ni al trabajo, díjole: « Pues bien, ¿ no quieres ganarte el pan ? ¿ Prefieres comer el de los otros ? Si continúas así no te quedará otro remedio que hacerte ladrón. ¡ Hermoso porvenir a fe ! »

Como el niño le pareciera insensible, le mostró el Rondó, plazoleta en la que se ejecutaba a los condenados a muerte, y agregó: « ¿ Ves el Rondó ? Pues... la prisión... las galeras.... o el patíbulo: ése es tu destino, si no cambias, niño infeliz ! » Luego después de una lección tan fuerte, hízose maternalmente insinuante y le dijo: « Mira, no aguardes más; hoy mismo debes convertirte. Pero... hay que *rezar*. *Rezaremos* juntos y verás como el Señor te volverá dulce y fácil el trabajo »

La causa del bien estaba ganada.

Otra vez se desarrolló esta escena con su hijo.

—Quiero edificar una iglesia en honor de San Francisco de Sales, le dijo Don Bosco.

—¿Y el dinero? Sabes que de nuestros pequeños haberes ya no queda nada. Antes de comenzar convendrá que lo pienses dos veces y que te pongas de acuerdo con el Señor.

— Sin duda, madre, sin duda: pero, si Ud. tuviera dinero ¿me lo daría?

— Y muy gustosa.

—Pues, Dios, ¿no es más generoso que nosotros? Dinero... hay por todo el mundo, y tratándose de una obra para gloria suya, me lo enviará, espero, a su tiempo y lugar.

— Pues bien, *rezaremos* y haremos *rezar* a los niños y el Señor acudirá en tu socorro. Así se hizo y el favor se obtuvo. ¿Quién podrá dudar que Mamá Margarita, mujer de oración y trabajo perseve-

rante, haya sido de una abnegación superior a la común?

Infinidad de ejemplos y anécdotas podríamos citar todavía, y no podemos renunciar a consignar por lo menos la siguiente:

Corría el mes de Agosto de 1854. El cólera, terrible flagelo, acababa de estallar en Turín. La madre y el hijo que rivalizaban siempre en consagración al deber y al celo, se entregaron sin vacilar. La región de Valdocco fué atacada. Don Bosco seguido por cuarenta de sus jóvenes, consagró su tiempo, sus cuidados y su dinero a los colerosos. Mamá Margarita se desprendió de todo para no ser aventajada por su hijo. En pocos días sólo quedaron en el Oratorio las ropas que cada uno llevaba puestas, y una sábana y una sola frazada en cada cama. Entonces dió ella el único mantel restante. Pero como los pedidos de socorros en ropas llegaban todavía, y como ella había entregado jun-

tamente con todas sus cofias, hasta su chal, ella pidió a Don Bosco y sin dificultad obtuvo, despojar la sacristía.

El mal no llegó al Oratorio, pues, merced a la oración y a la abnegación de esta admirable madre y de su hijo la obra fué preservada del flagelo.

¡Ah si la mayoría de los ricos imitaran la generosidad de Margarita!...

Pero no critiquemos. Va a abrirse una tumba...

## CAPITULO XII

### Muerte envidiable

Era el mes de Noviembre de 1856. Mamá Margarita, cayó gravemente enferma: habíasele declarado una violenta congestión al pecho que no podían dominar ni las preces de Don Bosco ni las de los niños, pues Dios aguardaba en esos días a su fiel y heroica sierva.

La enferma no necesitó se le notificara la gravedad de su estado. Fácilmente adivinó que había llegado al término de de su carrera. Llamó a Don Bosco y le dió sus postreras recomendaciones: «Pon « tu confianza en los hombres que conti-

« go trabajan por la gloria de Dios y no « en los que se buscan a sí mismos, y « aprende a distinguirlos.»

« En mis manos se hallaban muchos « intereses; podrá ocurrir que el cambio « provoque consecuencias desagradables, » pero no temas: la Virgen te ayudará.»

« No te afanes por empresas de nom- « bradía; cuida únicamente la gloria de « Dios y trata de amar y practicar siem- « pre la santa pobreza.

« Lo único eficaz es el ejemplo de « esas misma virtudes que predicas a « los demás. Sí, que tu familia conserve « el espíritu y el amor de la pobreza, « y Dios la bendecirá.»

Entró luego en detalles confidenciales, que denotaban su profunda perspicacia. Pidió las oraciones de todos los moradores del Oratorio y prometió no olvidar a ninguno, cuando la Misericordia de Dios le hubiera permitido llegar a la Bienaventuranza.

Por un instante pareció presa del delirio. Fijando entonces sus ojos sobre su querido Juan, dejó escapar estas extrañas palabras «Hijo mío, tú no ves... pero vendrás a la luz.»

A José su primogénito, que había acudido presuroso a su cabecera, dió estos admirables consejos: «Educa a tus hijos « en la condición en que Dios te ha « colocado a menos que aspiren al estado « religioso o al eclesiástico. Tus hijos « serán campesinos, pero ganarán su pan « honradamente. Si llegara a posesionar- « se de vosotros la ambición, prontamen- « te habréis malgastado el fruto de vues- « tros trabajos y sudores. No puedo pro « longarme más, pero te ruego que ésta « sea tu norma para el futuro. Continúa « ayudando al Oratorio y la Sma. Virgen « te colmará de sus bendiciones».

Llegado que hubo el momento de administrarle los últimos Sacramentos, dijo a Don Bosco: «En otro tiempo yo

« te preparé a recibir los Sacramentos « de la Iglesia; a ti te toca prepararme « hoy. Quiero recitar contigo las preces « de los agonizantes. Ignoro si podrán « mis labios proferir las palabras, pero « léelas claramente, a fin de que por lo « menos, pueda repetirlas con el cora- « zón ».

Y llegó su última hora. Sus hijos Juan y José, estaban sumidos en el dolor más que oprimidos por la fatiga. La moribunda se volvió a Don Bosco para dirigirle estas postreras palabras; «Hijo mío, te « he amado tiernamente en esta vida, « pero mucho más te amaré en la otra. « Di a nuestros queridos niños que los « amo y que abrigo plena confianza en « sus oraciones; por lo menos harán una « vez la santa comunión en sufragio de « mi alma, ¿no es verdad?»

Y se detuvo. La emoción ponía un nudo en su garganta y el dolor oprimía atrozmente a su hijo. Algunos instantes

después, reanudó el curso de sus últimas consideraciones, y agregó «Recuerda, hijo « mío, que esta vida se reduce a sufrir; « las verdaderas alegrías están allá a.ri- « ba... Ahora déjame, te ruego, y ora por « tu madre... Adiós.»

El humilde sacerdote, deferente como siempre, se alejó con el alma y los ojos sumidos en el dolor. Hacia media noche volvió. Su madre que lo advirtió, quiso hacerle volver a su pieza. El insistió por quedar, con estas palabras: «¿Puede aca- « so un hijo abandonar a su madre en « estos momentos?» Y su llanto rompió el fúnebre silencio de la sala.

Mamá Margarita permaneció un instante silenciosa. Luego como mejor pudo, dijo a su Juan: «Juan... hijo mío... un « sacrificio... el último... Yo sufro al ver- « te penar. Estoy bien asistida. Vé a ro- « gar por mí... No necesito nada... Adiós.»

Don Bosco obedeció. Retirado a su cuarto, sentía ahogarse. Repetidas veces

y siempre en vano, intentó encender luz. Finalmente lo consiguió. Observó, inexplicable coincidencia, que el retrato de su madre estaba vuelto a la pared.

Inútilmente trató de conciliar el sueño; éste se obstinaba en huir de él; el sufrimiento le traspasaba el alma y el corazón.

Dieron las tres. Oyó ruído de pasos. Era su hermano José que corría... Comprendió... La verdad le dijo que ya no tenía madre en la tierra.

Renuncio a describir la escena que siguió. Ambos hermanos, José y Juan, se encontraron en el Calvario, ante los sagrados restos de una de las madres más cristianas y más perfectas que hayan pasado por la tierra.

. . . . . .

« ¡Piadosísima Virgen María, imploró « Don Bosco después de celebrar en su- « fragio de su incomparable madre, he- « nos, a mí y a mis hijos huérfanos aquí

« en la tierra, sed pues, sed todavía más « *Nuestra Madre.* »

. . . . . .

Huelgan los comentarios. Pluguiera a Dios que las madres de familia, al buscar un modelo, conocieran a Mamá Margarita, para imitarla en la medida de lo posible, y para caminar, como ella, hacia la muerte y más allá de la muerte, hacia Dios.

FIN

# INDICE


Página

*Prólogo* . . . . . 3

CAPITULO I. — Nacimiento y juventud. Algunos rasgos de su carácter . . . . 5

CAPITULO II. — El matrimonio. La maternidad. La gran prueba de la muerte y de las angustias . . . . . 15

CAPITULO III. — La educadora . . . 23

CAPITULO IV. — Excelente método de corrección . . . . . 35

CAPITULO V. — La formación de los hijos a las virtudes cristianas. . . . . 41

CAPITULO VI. — Nuera y suegra. Segundo luto. La primera Comunión de Juan; su vocación . . . . . 51

CAPITULO VII. — El pequeño Juan Bosco se convierte en el Sac. J. Bosco . . 59

CAPITULO VIII. — Madre e hijo, por la vía del sacrificio hacia la perfección. . 67

CAPITULO IX — El primer refugio. Mamá Margarita. . . . . 77

CAPITULO X — La lección del Crucifijo. Algunas expresiones proverbiales . . . 87

CAPITULO XI. — Rumbo al cielo. . . 97

CAPITULO XII. — Muerte envidiable. . 107

# LIBRERIA

«*LECTURAS CATOLICAS*» Publicación mensual. Suscripción anual $ 2,50 m/n. Existe de los años anteriores una interesante colección de novelitas, cuentos amenos y morales, vida de Santos, etc.

*GALERIAS DE OBRAS DRAMATICAS:* Comedias, Sainetes, Farsas, Juguetes Cómicos, Monólogos, etc.

*MUSICA SAGRADA:* Misas, Tedéum, Tantum Ergo, Motetes, etc.

*MUSICA PROFANA*. Zarzuelas, Barcarolas, Cánticos Escolares, Romanzas, Dúos, Tercetos, etc.

*Libros y medallas de premio — Altares — Medallas — Estampas — Cruces — Crucifijos, etc. — Imágenes — Estatuas — Cuadros Religiosos — Recuerdos de primera comunión, etc.*

**Los pedidos se dirigen al Prefecto de**

**COLEGIO PIO IX**

**Adolfo Berro 4050**

**BUENOS AIRES**

LOS CATALOGOS SE REMITEN GRATIS

ABONAOS TODOS A LAS

# Lecturas Católicas

Precio de Suscrición

$ 2.50

AL AÑO

Al terminar el año se obsequia a los suscriptores con

**EL HOMBRE DE BIEN**

ALMANAQUE AMENO

*Con el fin de contrarrestar los perniciosos efectos de la mala prensa, fundó el Vble. Don Bosco en Turín el año 1853 las* **Lecturas Católicas.** *Desde entonces se ha ido imprimiendo un tomito cada mes, que ya en forma de instrucción, de biografía, de recreo ameno, etc., difunde buenas máximas entre el pueblo.*

**Los pedidos dirigirlos al Prefecto del Colegio Pío IX**